

Oración

por los

pastores



Gardiner Spring
(1785-1873)

Oración por los Pastores

Contenido

1. Aliento para los nuevos pastores	3
2. La grandeza de la obra	4
3. Los pastores necesitan oración	5
4. El interés en su ministro.....	6
5. Los resultados de la predicación.....	7
6. Una súplica por la oración constante.....	8
7. Conclusión	11

Este librito fue traducido del ingles de *Prayer for Pastors* por Gardiner Spring.

Copyright © 2025 Chapel Library. Traducido y editado por Jorge E. Castañeda. Impreso en los EE.UU. Se otorga permiso expreso para reproducir este material por cualquier medio, siempre que

- 1) no se cobre más que un monto nominal por el costo de la duplicación
- 2) se incluya esta nota de copyright y todo el texto que aparece en esta página.

A menos que se indique de otra manera, las citas bíblicas fueron tomadas de la Santa Biblia, Reina-Valera 1960.

Para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos o para bajar nuestro material sin cargo alguno, por favor visite www.ChapelLibrary.org o póngase en contacto con:

CHAPEL LIBRARY

2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA

Teléfono: (850) 438-6666
chapel@mountzion.org • www.ChapelLibrary.org

Oración por los Pastores

La importancia del ministerio cristiano nos obliga a solicitar un favor particular en su favor. Es una petición en la cual sentimos una profunda preocupación personal: Orad por nosotros. «Orad por nosotros», dice Pablo. «Orad por nosotros» es la sincera respuesta que se eleva desde cada púlpito cristiano de la nación y del mundo entero. Si un hombre como Pablo solicitó las oraciones de los santos — y si, con su gigante intelecto, su eminente espiritualidad y su íntima comunión con Dios y con las cosas invisibles, este varón santo necesitaba tal estímulo y aliento en su obra— ¡quién no dirá también: «Hermanos, orad por nosotros, para que la palabra del Señor corra y sea glorificada» (2 Tes. 3:1)!

1. Aliento para los nuevos pastores

Es un pensamiento consolador para un joven que entra al ministerio de la reconciliación saber que, aunque indigno, las oraciones de miles del pueblo de Dios se elevan constantemente en su favor, hacia su Padre y el Padre de ellos, hacia su Dios y el Dios de ellos. Parece escuchar a la iglesia de Dios diciéndole: “No podemos ir a esta obra sagrada, ¡pero te seguiremos con nuestras oraciones!”. Parece oír también a muchos padres cristianos decirle: “No tenemos un hijo que enviar a esta santa vocación; pero ve tú, y no te faltará un lugar en nuestras oraciones”. Muchas iglesias de esta tierra han gozado del alto privilegio de enviar al campo espiritual de la mies a varios jóvenes amados de su propia familia

más cercana. Y ha sido costumbre —gratamente recordada— de tales iglesias reunirse en un servicio especial para encomendar a sus jóvenes hermanos al cuidado y fidelidad de un Dios que guarda su pacto. ¡Cuán apropiado, en todo sentido, es tal servicio! ¡Cuán lleno de aliento para el corazón que tiembla ante la vista de las responsabilidades del oficio sagrado! ¡Cuán deleitoso este impulso espiritual para una mente casi abatida por la conciencia de su propia debilidad! Y ¡cuán inefablemente precioso es el pensamiento para todos los que trabajan en esta gran obra, sean jóvenes o de años maduros, que son recordados habitualmente en las oraciones de las iglesias! Grábese profundamente en el corazón de cada iglesia este pensamiento: su ministro será, en gran medida, el tipo de ministro que sus oraciones hagan de él. Si nada menos que la gracia omnipotente puede hacer a un cristiano, nada menos que esa misma gracia puede hacer a un ministro fiel y fructífero del evangelio.

2. La grandeza de la obra

Rogamos a las iglesias que consideren con una mente más deliberada y devota la gran obra misma a la cual sus ministros están dedicados. Explicar las doctrinas e imponer los deberes del cristianismo genuino; defender la verdad contra toda la sutileza y versatilidad del error; mantener en sus propias mentes aquel sentido de la presencia de Dios, y de aquellas sanciones morales reveladas en Su Palabra, junto con aquella profunda y tierna impresión de las cosas que no se ven y son eternas, que son necesarias para dar fervor, y aquella vida y comportamiento coherentes

que son necesarios para dar eficacia a su predicación; hacer todo esto de una manera que se adapte a los tiempos, lugares, ocasiones y caracteres, sin desalentarse por las dificultades, ni aterrarse por los enemigos, ni cansarse del yugo que han tomado sobre sí, no es obra ordinaria.

Si un pueblo espera de su ministro sermones ricos, sus oraciones deben proveerle de materia. Si esperan sermones fieles, sus oraciones deben impulsarlo, mediante una plena y sin compromisos manifestación de la verdad, a recomendarse «a toda conciencia humana delante de Dios» (2 Co. 4:2). Si [ellos buscan] discursos poderosos y exitosos, sus oraciones deben hacerlo una bendición para las almas de los hombres. ¿Querrían que viniera a ellos en la plenitud de las bendiciones del evangelio de paz, con el pecho agitado, el ojo encendido y la lengua ardiente, y con discursos bañados en lágrimas y elaborados con oración? Entonces, sus oraciones deben moverlo a orar, y sus lágrimas inspirar su corazón palpitante con los fuertes anhelos de la afectuosa caridad cristiana. Es en sus propios aposentos donde el pueblo de Dios encarga más eficazmente al alma de sus amados ministros que atiendan al ministerio que han recibido del Señor Jesús.

3. Los pastores necesitan oración

¿Y quiénes son los ministros, y qué son? Hombres frágiles, falibles, pecadores, expuestos a toda clase de lazos, a tentaciones de toda forma; y, por la misma posición de observación que ocupan, un blanco más visible para los dardos de fuego del enemigo. No son víctimas pequeñas las que el gran adversario busca

cuando procura herir y paralizar a los ministros de Cristo. Una sola de esas víctimas vale más para el reino de las tinieblas que una veintena de hombres comunes; y por esta misma razón, sus tentaciones son probablemente más sutiles y severas que las que enfrentan los cristianos ordinarios. Si este engañador astuto no logra destruirlos, apunta con arte a neutralizar su influencia, apagando el fervor de su piedad, adormeciéndolos en la negligencia, y haciendo todo lo que está en su poder por volverles pesada la obra que desempeñan. ¡Qué peligrosa es, entonces, la condición de aquel ministro cuyo corazón no es alentado, cuyas manos no son fortalecidas, y que no es sostenido por las oraciones de su pueblo! No es únicamente en su propio aposento y sobre sus propias rodillas donde halla seguridad y consuelo, pensamientos y gozos que ennoblecen, humillan y purifican; sino que es cuando otros también los buscan en su favor, que él llega a ser un hombre mejor y más feliz, y un ministro más útil del evangelio eterno.

4. El interés en su ministro

Nada da a un pueblo tanto interés en su ministro —y un interés del mejor tipo— como orar por él. Cuanto más lo encomiendan a Dios en sus oraciones, más lo aman, más lo respetan, y más alegre y provechosamente asisten a su ministerio. Sienten un interés más profundo en su obra cuanto más oran por él. Y sus hijos sienten un interés más vivo tanto en él como en su predicación, cuando habitualmente escuchan súplicas que lo encomiendan afectuosamente al trono de la gracia celestial.

5. Los resultados de la predicación

Los resultados del evangelio predicado están asociados con las realidades más importantes del universo. En verdad, constituyen una parte principal de esas mismas realidades conmovedoras. Hay manifestaciones tan brillantes y radiantes de la siempre bendita y adorable Deidad allí donde el evangelio predicado tiene libre curso y es glorificado. Esa maravillosa demostración de la naturaleza divina —aquel desarrollo progresivo que en sí mismo es tan deseable y en sus consecuencias tan entrañable para toda mente santa— nunca resplandece con tal claridad e intensidad subyugante como cuando los oyentes de Su verdad y gracia, proclamada desde labios de barro, manifiestan la aparición de Su gran gloria. Si el pueblo de Dios en la tierra tuviera mentes tan puras como el intelecto del serafín alrededor del trono, ¡con cuánta profunda preocupación y oración seguirían el curso y las labores de los humildes y fieles embajadores de la cruz, mientras proclaman este glorioso evangelio, y mientras los efectos de su predicación muestran nuevas y continuas exhibiciones de la Deidad manifestada! Los efectos de su predicación sobre las almas de los hombres no son otra cosa que olor de vida para vida en los que se salvan, y de muerte para muerte en los que perecen (2 Co. 2:16). La misma luz y los mismos motivos que son medios de preparar a unos para el cielo, abusados y pervertidos, sólo preparan a otros para el infierno. ¡Oh, qué costo tan temible se paga cuando se permite que los ministros entren al púlpito sin ser precedidos, acompañados y seguidos por las fervientes oraciones de las iglesias! No es de

maravillar que el púlpito sea tan débil, y los ministros tan a menudo desalentados, cuando hay tan pocos que sostengan sus manos. Las consecuencias de descuidar este deber se ven y se sienten en la decadencia espiritual de las iglesias, y se verán y sentirán en la perdición eterna de los hombres; mientras que el resultado de atenderlo sería la recolección de multitudes en el reino de Dios, y nuevas glorias al Cordero que fue inmolado.

6. Una súplica por la oración constante

En su propio nombre, por tanto, y en nombre de sus amados y respetados hermanos en el ministerio, el autor suplica tener un lugar en las oraciones de todos los que aman al Salvador y a las almas de los hombres. Somos los dispensadores de la verdad de Dios, y aun en nuestro mejor estado, quedamos muy por debajo de la grandeza de nuestro tema. Los deberes de nuestro llamado se renuevan con cada semana y cada día que pasa. A menudo se nos presentan con muchas demandas conflictivas. A veces requieren todos nuestros pensamientos precisamente cuando hemos perdido la capacidad de pensar; y toda la fuerza de nuestros afectos, cuando menos sensibles estamos a ellos. Junto con estas demandas puede venir esa ansiedad corrosiva que agota nuestro vigor, abate nuestro ánimo y consume nuestro espíritu. Y además, hay tantas decepciones en nuestra obra que necesitamos la simpatía de la oración. A veces nuestro espíritu se conmueve dentro de nosotros, y salimos hacia nuestro pueblo encendidos con la esperanza de rescatarlos del fuego eterno; y en alguna hora desafortunada de

autosuficiencia, imaginamos vanamente que la obra y el triunfo nos pertenecen. Somos diligentes a tiempo y fuera de tiempo. Hacemos de la preparación para el conflicto nuestro oficio, a veces puliendo nuestras flechas y a veces dejándolas toscas y con púas. Nos ceñimos nuestra armadura y entramos en el campo con la determinación de desplegar todas nuestras fuerzas, y con la confiada seguridad de que debemos [tener éxito]. ¡Pero qué lección de humillación! No podemos convertir ni un solo alma. Hemos tocado la flauta, y no han danzado; hemos entonado lamentaciones, y no han llorado (Mt. 11:17). Exhortamos los mandamientos de Dios, y ellos pisan Su autoridad. Proclamamos Sus amenazas, y ellos desprecian Su justicia. Hablamos de Sus promesas, y no hacen caso de Su fidelidad. Predicamos de Su Hijo, y lo ultrajan bajo sus pies. Hablamos de Su paciencia y longanimidad, pero su impenitencia y dureza son prueba contra todas ellas. Razonamos y argumentamos con ellos hasta que los obstáculos para su conversión parecen elevarse aún más con cada esfuerzo por superarlos — hasta que caemos en la desesperación y clamamos: “¡Qué poder tan grande puede quebrar estos corazones de pedernal! ¡Qué brazo omnipotente puede rescatar a estos hombres que perecen del fuego eterno!”. ¡Oh iglesias compradas con sangre! Vuestros ministros necesitan vuestras oraciones por aquella supereminente grandeza del poder que Dios ejerció en Cristo cuando lo resucitó de los muertos.

Tenemos convocatorias de oración por los paganos, otras por las escuelas dominicales, y otras por la bendición de Dios sobre la distribución de tratados

religiosos. ¿Por qué habríamos de pasar por alto el gran medio de la propia designación de Dios para la salvación de los hombres? ¿No podría existir algo semejante a un concierto de oración por los ministros del evangelio? Si no se puede sugerir nada mejor, ¿por qué no habría un acuerdo general entre los cristianos y las familias cristianas para apartar la mañana de cada Día del Señor con este gran y especial propósito? Este era el hábito en la familia de mi venerable padre, y por largo tiempo ha sido también el mío. Y es un privilegio preciosísimo. El tiempo es apropiado; y tal servicio no dejaría de ejercer una influencia deliciosa sobre los privilegios del santuario. «Y antes que clamen, responderé yo; mientras aún hablan, yo habré oído» (Is. 65:24). Si Dios concediera a las iglesias el espíritu de oración por sus ministros, sería con el propósito de responderla: «Habrá considerado la oración de los desvalidos, y no habrá desechado el ruego de ellos» (Sal. 102:17). Está escrito que «creará Jehová sobre toda la morada del monte de Sion, y sobre los lugares de sus convocaciones, nube y oscuridad de día, y de noche resplandor de fuego que eche llamas» (Is. 4:5); y el altar no será profanado, ni el incienso menos fragante, si esas palabras de esperanza están más a menudo en los labios de quienes lo ofrecen: «sean vestidos de salvación tus sacerdotes, y tus santos se regocijen en tu bondad» (2 Cr. 6:41); «Asimismo vestiré de salvación a sus sacerdotes, y sus santos darán voces de júbilo» (Sal. 132:16). Y aún hay más. Que los ministros del evangelio sean recordados habitualmente en el altar doméstico. “No es cosa pequeña”, dice un escritor moderno de nuestra propia ciudad, “que de un centenar de hogares se eleven diariamente clamores pidiendo la bendición de Dios. ¡Qué

fuentes de refrigerio para un pastor! Las devociones familiares del orante Kidderminster, sin duda, hicieron de Baxter un mejor ministro y un hombre más feliz; y es posible que estemos cosechando los frutos de ellas en “El reposo eterno de los santos” y en sus “Pensamientos de un moribundo”¹.

7. Conclusión

«Sobre tus muros, oh Jerusalén, he puesto guardas; todo el día y toda la noche no callarán jamás. Los que os acordáis de Jehová, no reposéis, ni le deis tregua, hasta que restablezca a Jerusalén, y la ponga por alabanza en la tierra» (Is. 62:6–7). Cuando las iglesias dejen de orar por sus ministros, los ministros dejarán de ser una bendición para las iglesias. Hermanos, orad por nosotros:

Para que seamos guardados del pecado.

Para que «Mirad, pues, con diligencia cómo andéis, no como necios sino como sabios, aprovechando bien el tiempo, porque los días son malos» (Ef. 5:15-16).

Para que nuestros corazones sean más consagrados a Dios, y nuestras vidas una demostración más impresionante del evangelio que predicamos.

Para que estemos más plenamente ceñidos para nuestra obra y nuestras batallas, y revistamos toda la armadura de Dios.

¹ *Pensamientos sobre el culto familiar*, por James W. Alexander, D.D. Ninguna familia debería carecer de este valioso, oportuno y hermoso volumen.

Para que seamos más fieles y más sabios para ganar almas.

Y para que mantengamos nuestro cuerpo «en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado» (1 Co. 9:27).

Cuando volvemos nuestros pensamientos hacia ordenanzas estériles y un ministerio sin fruto, nuestros corazones se abaten dentro de nosotros, y quisiéramos poder arrojarnos a los pies de las iglesias e implorarles que nos recuerden en sus oraciones. Si alguna vez entras en el lugar secreto del Altísimo y te acercas al corazón de Aquel a quien ama tu alma, ruega con fervor que Su propio poder acompañe el ministerio regular de Su evangelio. Si alguna vez reposas sobre el pecho de Jesús, recuerda esto. Abre tus deseos. Cuéntale a tu Emmanuel de Su costoso sacrificio y de Su amor maravilloso. Háblale de Su poder y de nuestra debilidad. Háblale de la gloria inefable y del tormento interminable más allá del sepulcro. Con lágrimas fervientes, presenta tu ruego y recuérdale que Él ha confiado el tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea toda de Dios (2 Co. 4:7). ❧